

EL TELAR

Muchos días, al caer la tarde, me sentaba en el umbral de mi puerta para aprovechar el fresco de la marea. Desde allí, oía el tac-tac monótono del telar, el esfuerzo trepidante de su corazón de madera que subía y bajaba, bajaba y subía, entrelazando hilos, formando urdimbre de colores y floripondios de mantas que, más tarde, en noches frías de invierno abrigan mis sueños.

Un niño, escuchimizado, no tardaba en corretear la calle una y otra vez, con los brazos extendidos y balanceándolos como si fueran las alas de un pajarraco, mientras fijaba la vista al frente; aunque, se notaba bien que miraba sin ver.

También hacía su aparición diaria, un joven que andaba con dificultad; lanzaba primero una pierna y la otra, con Dios y ayuda, la arrastraba como podía; además, llevaba en su mano izquierda, el continuo temblor del mal de San Vito.

Alguna que otra vez, me adentraba al comedor oscuro donde estaba el telar; no sé cómo como la tejedora podía trabajar tan a ciegas.